

La Gramática de la Resistencia: Repensar Palestina Más allá de la Compasión y el Miedo

Abdaljawad Omar y Pasquale Liguori

Cada vez es más difícil hablar de Palestina sin caer en uno de los dos registros dominantes del discurso occidental: por un lado, un humanitarismo que evoca compasión pero deja intactas las estructuras de dominación; por otro, un realismo estratégico que calcula sin poder imaginar. En ambos casos, la resistencia palestina queda vaciada de contenido, reducida a una patología emocional o excluida del ámbito de la racionalidad política. Cuando no se compadece, se criminaliza. Y, cada vez más a menudo, esta criminalización lleva las marcas familiares de la islamofobia: la resistencia se enmarca como terrorismo, la supervivencia como amenaza y el pensamiento como radicalización potencial.

Empero, a medida que se multiplican las manifestaciones a favor de Gaza en toda Europa —a menudo marcadas por un despertar tardío, condicional y, en ocasiones, autoexculpatorio de la conciencia—, sigue habiendo una lección que ninguna indignación intermitente puede ocultar: la resistencia palestina precedió a este momento, persiste a través de él y padecerá más allá de él, no como una reacción desesperada, sino como una propuesta para el mundo. Es una resistencia que piensa, crea y vislumbra futuros. No busca la aprobación de arriba, sino que apela a toda conciencia política que no esté dispuesta a rendirse al orden imperial.

Abdaljawad Omar, intelectual y teórico palestino también conocido como Abboud Hamayel, habla desde dentro de esta resistencia. Su voz no se presta ni a la pacificación moral ni a la estetización del duelo. A través de su trabajo teórico, Palestina vuelve a ser lo que décadas de discurso han tratado de neutralizar: un nodo central en la imaginación política global.



Foto de [Tristan Sosteric](#) en [Unsplash](#)

Esta entrevista surge de una conciencia amarga pero necesaria: gran parte del discurso actual oscila entre la lástima y el miedo, entre la empatía selectiva y la autocensura. Pero Palestina no es una trágica excepción que debe gestionarse con sobriedad institucional: es un lugar de lucha, sí, pero también de pensamiento radical. Es donde la palabra «liberación» sigue teniendo un significado que no es metafórico.

Abdaljawad Omar expone el inconsciente colonial que estructura el lenguaje internacional y afirma la urgencia de una resistencia epistemológica, una que rompa con las gramáticas dominantes. No habla sobre Palestina, sino desde Palestina. Al hacerlo, nos recuerda que resistir no es solo luchar, sino pensar: pensar de otra manera, pensar en contra, pensar más allá.

Lo que sigue no es una conversación deferente. Es un encuentro agudo y vivo sobre la posibilidad de reescribir el tiempo, la subjetividad y el futuro, partiendo de un punto que Occidente sigue decidido a enterrar: la lucidez estratégica de un pueblo que ha aprendido a convertir la catástrofe en horizonte.

— Pasquale Liguori

Pasquale Liguori: En la representación dominante de Palestina en los medios de comunicación occidentales, los palestinos suelen quedar reducidos a la figura de la víctima eterna e ideal. Incluso en los medios supuestamente pro palestinos, esta representación sirve para suscitar una simpatía superficial y sentimental que ofrece poco apoyo real a quienes viven bajo asedio, en prisión o en el exilio. Cuando los palestinos se resisten, se les tilda inmediatamente de terroristas. Estos mismos medios de comunicación reducen el derecho —y el deber— de luchar contra la opresión, el apartheid y el robo de tierras a una vaga abstracción. Esto quedó patente en la condena generalizada de la Inundación de Al-Aqsa del 7 de octubre, que carecía de cualquier consideración del contexto histórico y geopolítico. Esta narrativa se arroga el poder de conceder o denegar la subjetividad a un pueblo que lleva casi un siglo resistiendo. ¿Cuáles son los orígenes de esta narrativa occidental dominante sobre Palestina y cómo contribuye, directa o indirectamente, al genocidio en curso del pueblo palestino? El discurso occidental dominante sigue atrapando a Palestina entre los polos de los «derechos humanos» y el «terrorismo». ¿Cómo podemos romper esta dicotomía, que esteriliza la realidad colonial del conflicto?

AO: Abdaljawad Omar: Solía responder a esta pregunta de la manera más directa posible: que los oprimidos —los palestinos, en este caso— tienen derecho a gritar, a nombrar sus heridas, a hacerse reconocibles dentro de los guiones prefabricados de los «derechos humanos», ese último reducto caritativo de la modernidad liberal. Pero lo que se les niega sistemáticamente, tanto por parte de sus enemigos como, lo que es más importante, por parte de sus simpatizantes, es el derecho a comprender su propia resistencia. No solo a sentirla, no solo a sobrevivir a ella, sino a pensar en ella.

Hay una estructura profunda en juego aquí, una que insiste en que los palestinos tienen que seguir siendo siempre los que sufren, los testigos, los objetos de exhibición. Incluso aquellos que proclaman su solidaridad suelen hacerlo en una situación en la que sigamos suspendidos en ese papel: los portadores del dolor, no los productores del pensamiento. La resistencia, cuando se reconoce, se pone en cuarentena, se presenta como reactiva, ciega y, en última instancia, no merecedora de dignidad conceptual.

Pero algo ha cambiado. Los últimos dos años de masacres ininterrumpidas, que no han sido recibidas con silencio, sino con una nueva y furiosa claridad, han comenzado a perturbar ese orden. Ya no creo que la negativa a permitir a los palestinos teorizar su resistencia se refiera únicamente a Palestina. Se refiere, de forma más peligrosa, al mundo. Lo que se teme no es nuestra liberación en sí, sino que la resistencia vuelva a ser pensable. Que pueda circular. Que pueda echar raíces en otras zonas abandonadas. Que los palestinos, que ya no son el emblema mudo del sufrimiento, puedan convertirse en la figura a través de la cual la cuestión de la emancipación vuelva a entrar en la imaginación política.

Lo que estamos presenciando no es simplemente una relación colonial entre Israel y Palestina, sino la imposición de una estructura cuyas operaciones exceden los límites geográficos o jurídicos del llamado espacio del conflicto, lugares como Gaza o Cisjordania. Existe una simpatía condicional que circula ampliamente, a menudo encubierta en el lenguaje de la preocupación humanitaria. Pero esta simpatía funciona, muy precisamente, para salvar al sionismo de sus propias contradicciones. Ofrece una coartada moral al tiempo que salvaguarda la permanencia de Israel no solo como Estado, sino como forma: una bisagra en la arquitectura del orden mundial.

Se trata de un orden que requiere que el Mediterráneo oriental —históricamente la cuna de los sueños antiimperialistas— permanezca fracturado, administrado y violentamente dividido. El sionismo, en esta configuración, no es una anomalía histórica, sino un instrumento necesario. Su continuidad es esencial para una trinidad geopolítica que ha gobernado la región desde la partición colonial: la circulación del petróleo, la lógica de la acumulación de capital y el desmembramiento estratégico de la posibilidad política árabe. En este sentido, Israel no solo está protegido, sino que es estructuralmente indispensable. Resistir a Israel, entonces, no es simplemente enfrentarse a una colonia de colonos. Es atravesar una gramática imperial más amplia, una gramática que depende de la destrucción del futuro árabe, de la descomposición perpetua de la soberanía política y de la traducción de cada acto de resistencia en terror, de cada levantamiento en patología.

Por eso la resistencia palestina, cuando se atreve a hablar en su propio nombre y no a través del ventriloquismo de la legalidad o la compasión, se vuelve intolerable. No es la violencia lo que aterroriza, es la lucidez. La negativa a ser disciplinados en el victimismo. La insistencia en el significado, en la estrategia, en la imaginación política como algo más que el duelo. Pero más que eso, lo que la hace peligrosa, lo que anima los febriles intentos de sofocarla, es el carisma de la idea en sí misma. Muqawama (resistencia) no como reacción, sino como propuesta: como fuerza contagiosa; como una gramática que puede atravesar fronteras e idiomas, que puede ser adoptada en tierras lejanas de Palestina, dondequiera que la gente se enfrente a la arquitectura de la vida controlada y la muerte lenta.

Es este potencial —la portabilidad de la resistencia— lo que tiene que ser enterrado bajo los escombros, lo que tiene que ser reducido a criminalidad o locura, lo que tiene que ser gestionado mediante rituales de condena y excepcionalismo. Porque una vez que la resistencia se vuelve pensable, expresable, nombrable en sus propios términos, deja de ser local. Deja de ser contenible. Se convierte en un manto. Se convierte en una pregunta.

PL: La resistencia palestina no debe entenderse únicamente desde el punto de vista de la eficacia militar o los resultados inmediatos, sino como una forma de ruptura con el orden colonial, tanto simbólica como temporalmente. En su opinión, ¿cómo perturba la resistencia el tiempo lineal y progresivo impuesto por el colonialismo? ¿Podemos interpretar la lucha palestina como una forma de insurgencia que produce nuevas temporalidades políticas?

AO: En efecto, cuando separamos la resistencia palestina de los parámetros reduccionistas del éxito militar o el cálculo estratégico, empezamos a verla como lo que es: una ruptura metafísica, una fuerza desordenadora en la gramática colonial del tiempo mismo. El colonialismo no se limita a ocupar tierras, sino que ocupa la temporalidad. Impone una noción lineal y progresiva del tiempo en la que los colonizados siempre van por detrás, siempre están poniéndose al día, siempre están aún sin estar preparados para la libertad. Bajo este régimen, la resistencia se enmarca como prematura (irracional, emocional) u obsoleta (inútil, arcaica). Ambos marcos sirven para excluir la imaginación política.

Pero la resistencia palestina, especialmente en sus formas más crudas e inasimilables, rechaza esta lógica. No busca el permiso del futuro prometido por Oslo, ni espera el reconocimiento del horizonte fugaz de la legitimidad internacional. En cambio, interrumpe. Insiste en el ahora, no como un punto en una línea temporal, sino como un lugar de confrontación, de creación de significado, de expresión soberana. Rompe el tiempo colonial no solo afirmando la presencia de los colonizados, sino también rechazando los roles que se les asignan en el guion de la historia.

La resistencia aquí no es meramente reactiva, es ontológica. Pone en escena una especie de insurgencia contra el tiempo mismo, produciendo lo que podríamos llamar contratemoralidades: momentos en los que los colonizados se convierten en contemporáneos de sí mismos, en los que la historia se pliega y en los que los muertos caminan con los vivos. Pensemos en el mártir no como una figura trágica, sino como alguien que derriba la distinción entre el pasado sacrificado y el futuro recuperado. Pensemos en el refugiado que regresa sin retorno. No se trata de actos metafóricos, sino de revueltas temporales.

En este sentido, la lucha palestina no solo se refiere a la tierra, aunque sigue profundamente arraigada en el suelo, sino también al tiempo. Es una negativa a habitar el mundo tal y como lo estructura la línea temporal colonial: de la nakba a la negociación, de la intifada a la normalización. Es la irrupción de otro tipo de tiempo: denso, recursivo, embrujado y vivo con la presencia de aquello que el mundo insiste que tiene que ser enterrado.

Así que sí, tenemos que aprender a ver la resistencia no como un fracaso cuando no «gana», sino como un acontecimiento, como acontecimientos que dispersan el orden colonial, que hacen visibles las grietas de su supuesta inevitabilidad y que apuntan hacia un horizonte completamente diferente.

Dicho esto, no es menos importante verlo también desde la perspectiva del cálculo, del fin y los medios, de sus objetivos racionales y declarados.

PL: En este momento histórico —con Gaza en ruinas y Cisjordania bajo un asfixiante asedio—, ¿dónde, cómo y cuándo surgen y se amplían las grietas en el discurso hegemónico de Israel? No hay duda de que la inundación de Al-Aqsa exacerbó las tensiones internas dentro de Israel, dejando al descubierto su fragilidad estructural y sociocultural. Parece que la violencia continua es el único mecanismo que utiliza el régimen para justificar su existencia. Este fascismo se ha convertido en el pegamento que mantiene unida a una sociedad profundamente frágil. ¿Qué opinas al respecto?

AO: Sí, ya no estamos hablando de un «pegamento» que mantiene unidos los fragmentos de la sociedad israelí, sino de una punta de lanza. La distinción es importante. Mientras que el pegamento oculta una cohesión desesperada, una unión reactiva de un orden que se desmorona, la punta de lanza señala direccionalidad, agresividad, la transformación de la crisis en fuerza. No se trata de reparar, sino de avanzar. La sociedad israelí, fracturada por motivos étnicos, ideológicos y de clase, encuentra ahora en la violencia no un escape temporal, sino un modo de devenir político.

Tenemos que ser cautelosos a la hora de nombrar el fascismo. Reducirlo a sus síntomas más llamativos —el mesianismo de los colonos, las llamadas abiertas a la limpieza étnica, la movilización teocrática— es pasar por alto su influencia atmosférica más profunda. El fascismo en el Israel actual no reside únicamente en la kipá de [Itmar] Ben-Gvir o en el uniforme de los jóvenes de las colinas; late, de forma más peligrosa, a través del llamado centro, a través del secularismo liberal que enmarca la vida palestina como un problema que hay que gestionar, controlar y extirpar.

Hay una profunda complicidad arraigada en el liberal israelí: el que lamenta la «pérdida de la democracia» mientras aplaude guerras que nunca se pueden ganar, el que condena el «extremismo» mientras cree, en lo más profundo de su ser, que la soberanía judía exige la desaparición de los palestinos. Esto es fascismo sin mesianismo, fascismo sin la actuación del fanatismo. Es fascismo por consenso, por burocracia, por razón gerencial.

Tenemos que ser aún más cuidadosos cuando restringimos el término fascismo a sus exponentes más extravagantes, permitiendo que sus formas más silenciosas pasen desapercibidas. El sionista liberal que pide un final «sensato» a la guerra, pero cuyas líneas rojas nunca incluyen la restauración de la vida palestina; el intelectual que pide la coexistencia, pero solo dentro de la jerarquía etnonacional: todos ellos no están fuera del fascismo, son su cara racional.

Lo que hace que este momento sea tan peligroso no es simplemente la violencia del fascismo israelí en su forma, sino su difusión en esencia a lo largo del espectro político. Esta es una sociedad que no solo tolera el fascismo, sino que lo exige, aunque con diferentes dialectos y códigos de vestimenta. Es, por tomar prestada la frase de [Walter] Benjamin, la estetización, el embellecimiento de la política disfrazada de pragmatismo, y Gaza es su lienzo.

Entender esto no solo significa nombrar al régimen tal y como es, sino prepararse para el mundo que pretende construir.

PL: El largo y brutal genocidio en Gaza está suscitando, aunque tardíamente, una solidaridad internacional sin precedentes. Empero, la represión mediática sigue siendo generalizada. Incluso aquellos medios de comunicación que han pasado de apoyar abiertamente el llamado «derecho a la autodefensa» de Israel a una condena más hipócrita de [Benjamin] Netanyahu por sí solo, siguen sin abordar el sistema colonial en su conjunto. La represión institucional también sigue siendo fuerte en toda Europa y Estados Unidos. En este contexto, ¿qué significa hoy en día la «resistencia epistemológica»?

AO: Hablar hoy de resistencia epistemológica no es invocar la abstracción. Es nombrar un frente de lucha tan decisivo como el material. Porque lo que estamos presenciando tras el genocidio en curso en Gaza no es solo la aniquilación de cuerpos y hogares, sino el intento de suprimir el significado. La represión que vemos en los medios de comunicación y las instituciones occidentales, por muy sofisticada que sea su coreografía, no se limita al silencio, sino que consiste en enmarcar, en escribir de antemano lo visible y lo que se puede decir.

Incluso cuando aparecen fisuras —cuando se vilipendia a Netanyahu, cuando se expresa preocupación por los «civiles» palestinos—, el orden colonial permanece intacto en el pensamiento. La guerra de Israel sigue siendo tratada como una desviación de las normas liberales, en lugar de como la consecuencia lógica de un proyecto de colonialismo de asentamientos sostenido por el consentimiento imperial. Se condena la violencia, pero nunca se nombra la arquitectura que la hace necesaria. Esta es la labor de la ideología: desplazar las causas con los síntomas, aislar las figuras de los sistemas, moralizar en lugar de historizar.

La resistencia epistemológica, entonces, comienza con la desobediencia a este orden del conocimiento. Es la insistencia en hablar desde la experiencia histórica palestina, no como un complemento del discurso dominante, sino como una ruptura del mismo. Significa rechazar la gramática que nos hace visibles solo como víctimas, rechazar los marcos morales que distinguen entre el «árabe bueno» y el «militante», y rechazar el aplazamiento temporal que pide a los palestinos que esperen, que mantengan la calma, que negocien, mientras el suelo bajo sus pies se consume.

También significa enfrentarse a la complicidad de las instituciones que proclaman su neutralidad. Las universidades occidentales, los centros de pensamiento, las ONGs y los medios de comunicación que reprimen el discurso sobre Palestina no están traicionando sus ideales, sino que están cumpliendo su función. Son aparatos estatales epistémicos que trabajan para filtrar, gestionar y domesticar la disidencia. Resistir epistemológicamente no es solo afirmar un contenido diferente, es fracturar las propias formas a través de las cuales circula el conocimiento.

Es en este momento, cuando el horror de Gaza ha roto el pacto afectivo entre el imperio y sus espectadores, cuando comienza a surgir un conocimiento diferente. La imagen de Palestina ya no es simplemente la de una catástrofe humanitaria; se está convirtiendo en el escenario de una reorientación global, en la que Occidente se ve obligado a enfrentarse a la mentira que se esconde en el corazón de su universalismo. Esa confrontación —dolorosa, desestabilizadora e irresoluble dentro de los parámetros liberales— es en sí misma una forma de insurgencia epistemológica.

Lo que más se teme no es solo el discurso palestino, sino el pensamiento que conlleva. Un pensamiento que descoloniza no solo la tierra, sino también el sentido. Un pensamiento que se atreve a decir: el mundo tiene que ser diferente.

PL: La destrucción, el derramamiento de sangre y el terror en Palestina continúan sin control, liderados por un Israel que no enfrenta consecuencias. Desde el 7 de octubre, la impotencia del sistema jurídico e institucional internacional se ha vuelto aún más evidente. A pesar de los procedimientos iniciados por la Corte Internacional de Justicia y la Corte Penal Internacional, Israel, con el respaldo de EUA, sigue actuando con impunidad, incluso dentro de las Naciones Unidas. El llamamiento de Netanyahu al asesinato del líder de Hezbolá, Hassan Nasrallah, realizado durante un discurso en la Asamblea General de la ONU, simbolizó este desprecio por las normas jurídicas. Parece que nos enfrentamos a una superestructura hipócrita plagada de dobles y triples raseros. ¿Podría ofrecernos una visión general del pensamiento crítico sobre esta cuestión?

AO: El pensamiento crítico tiene que abandonar la premisa de que el derecho internacional es un terreno neutral. Los académicos de la tradición de los Enfoques del Tercer Mundo sobre el Derecho Internacional, como Makau Mutua y Antony Anghie, sostienen desde hace tiempo que las estructuras jurídicas internacionales surgieron junto con la conquista colonial, diseñadas no para restringir el poder, sino para estructurar su legitimidad. Las propias categorías de «soberanía», «seguridad» y «autodefensa» no son universales, sino que están codificadas, radicalizadas y profundamente jerarquizadas. La invocación de la «autodefensa» por parte de Israel tras el 7 de octubre —mientras que a los palestinos se les niega incluso el lenguaje de la resistencia— ejemplifica esta asimetría colonial incrustada en el propio derecho.

Además, como han demostrado pensadores como Walter Dignolo y Achille Mbembe, la llamada «comunidad internacional» no es en absoluto una comunidad, sino un cártel de poder organizado según criterios civilizatorios. Lo

universal siempre es reivindicado por Occidente, mientras que la particularidad —y, por tanto, la prescindibilidad— se impone al resto. Los palestinos no solo sufren por la falta de reconocimiento jurídico, sino por un orden jurídico que nunca tuvo la intención de verlos.

Empero, algo está cambiando. La creciente desilusión con las instituciones internacionales no es solo una crisis, es una oportunidad. Nos permite hablar del derecho no como una salvación, sino como un terreno. La erosión de la legitimidad liberal da lugar a un nuevo lenguaje político, basado no en la apelación, sino en la afirmación. No en suplicar reconocimiento, sino en construir solidaridades que vean más allá de la máscara de la neutralidad.

PL: Tras el asesinato de muchos líderes de la resistencia, la destrucción de la infraestructura de Hamás y la ampliación de la ocupación israelí en Gaza, ¿podemos seguir hablando de un movimiento de resistencia organizado? ¿O estamos entrando ahora en una fase de lucha más difusa, espontánea y molecular?

AO: Hablar de resistencia hoy en día, tras el asesinato de cuadros, la destrucción de la infraestructura y la ampliación de la ocupación de Gaza, no es hablar de desaparición, sino de transformación. Tenemos que tener cuidado de no confundir la arquitectura visible de la resistencia con su capacidad existencial. Sí, ha habido pérdidas sin precedentes: la desorganización, la desaparición de las estructuras de mando, la destrucción selectiva del tejido social y logístico que hacía posible la lucha armada coordinada. Pero la resistencia, como Palestina nos ha enseñado una y otra vez, no se reduce a sus instituciones. Sin embargo, la idea de que la resistencia palestina es más molecular es, en cierta medida, cierta como tendencia, pero tampoco es exacta. La resistencia palestina en Gaza conserva gran parte de su cuadro, su infraestructura y su capacidad de resistencia. La idea en este momento es mantener la resistencia a largo plazo, con el fin de garantizar una ocupación israelí costosa y una lucha de voluntades que no termine con un golpe u otro.

PL: En su trabajo, a menudo ha destacado la distancia entre las élites palestinas y el pueblo. Tras meses de guerra total en Gaza y erosión institucional, ¿ve signos de recomposición política o persiste esta fractura estructural?

AO: La distancia entre la élite política palestina y el pueblo no es nueva. Es una situación estructural nacida de Oslo, profundizada por la dependencia securitizada de la Autoridad Palestina (AP) de la ocupación y cimentada a través de la doble lógica de la financiación internacional y la consolidación autoritaria. Lo que hemos visto en los últimos meses —entre las ruinas de Gaza, la parálisis de Cisjordania y el colapso moral de la AP— no es la superación de esta fractura, sino su exposición. La máscara ha caído, pero el régimen permanece. No hay recomposición política en el sentido formal, no todavía. Las instituciones existentes están vacías, en bancarota tanto financiera como éticamente. Siguen funcionando no por legitimidad, sino por inercia, miedo y ausencia de alternativas inmediatas. La AP actual no es un proyecto nacional. Es una institución fantasma, sostenida para contener el malestar social y absorber la presión internacional. Su supervivencia no es un índice de vitalidad política, sino de necesidad colonial.

Empero, bajo esta decadencia, algo se está gestando, no en los ministerios de Ramala ni en las sedes de las facciones, sino en las calles, donde la pregunta de qué hacer sigue intacta.

PL: Existe una tensión creciente en el pensamiento crítico palestino entre la liberación nacional y un horizonte posestatal. ¿Qué futuro prevé para el sujeto político palestino: un Estado, una confederación u otra cosa?

AO: Esta tensión entre la liberación nacional y un horizonte posestatal no es meramente teórica. Es el eco de una

contradicción vivida. Por un lado, el anhelo de soberanía, de una bandera, de reconocimiento internacional y de la dignidad de la condición de Estado sigue siendo poderoso, especialmente en un mundo en el que la falta de Estado ha significado el borrado, la fragmentación y la subyugación sin fin. Por otro lado, el Estado —tal y como existe en el mundo poscolonial, como una forma heredada de las cartografías coloniales y sostenida por las instituciones imperiales— se ha convertido en un lugar de gestión, no de liberación.

Preguntarse qué futuro le espera al sujeto político palestino es preguntarse si este sujeto podrá ser libre alguna vez dentro de la forma estatal, o si la libertad ahora se encuentra más allá de ella.

La Autoridad Palestina, los Acuerdos de Oslo y el modelo de partición en dos Estados han puesto de manifiesto las limitaciones de la configuración actual de la soberanía estatal. No han generado soberanía, sino una ocupación subcontratada. El mapa que se nos prometió se trazó con una lógica de contención. El Estado no se ofreció como un logro de la liberación, sino como una recompensa por la obediencia. En esa oferta, el sujeto político fue domesticado, burocratizado y fragmentado.

Empero, no podemos descartar el Estado por completo. Para muchos, el deseo de un Estado no tiene que ver con la diplomacia o las fronteras, sino con la reparación histórica, con deshacer la violencia del despojo y con ser vistos. El horizonte posestatal no debe burlarse de este deseo. Debe metabolizarlo.

Lo que nos espera, entonces, no es una simple elección entre la condición de Estado y la ausencia de Estado, sino una articulación más compleja de soberanía no soberana: una forma de vida política colectiva que no está atada al Estado-nación westfaliano ni reducida a las ficciones de gobernanza de las ONG. Llámese imaginario federado, política fugitiva confederada o incluso jurisdicción descolonial sin estatalidad, pero tiene que construirse desde abajo, a través de prácticas de solidaridad, administración de la tierra, retorno y rechazo. Tiene que inspirarse en las luchas indígenas, las tradiciones radicales negras y el pensamiento antiestatista árabe, sin idealizar sus resultados.

Una forma política así no buscaría el reconocimiento de las Naciones Unidas, sino de la historia. No vigilaría las fronteras, sino que desmantelaría la metafísica misma de la partición. Se centraría en el retorno, no solo como repatriación física, sino como reafirmación de la presencia política donde se pretendía que desapareciéramos.

El futuro del sujeto político palestino no puede estar dictado por el pragmatismo diplomático o la lógica de los donantes. Tiene que surgir de las cenizas de Oslo y las ruinas de Gaza como algo impensable para el presente colonial, algo para lo que aún no tenemos lenguaje, pero que quizá ya estemos practicando.

Quizá esto es lo que más asusta a nuestros enemigos: que los palestinos ya no piden entrar en la historia, sino reescribirla.

PL: Existe una correlación innegable entre la devastación material en la región y el debilitamiento de la resistencia sobre el terreno. Hamás ha sufrido un duro golpe, Hezbolá se enfrenta a limitaciones en el Líbano, Siria ha cambiado geopolíticamente e Irán parece paralizado. El llamado Eje de la Resistencia parece tener dificultades para coordinarse, a pesar de haber impedido que Israel lograra algunos de sus objetivos. ¿Qué se ha conseguido y qué escenarios futuros prevé en la lucha contra la ocupación sionista?

AO: Lo que estamos viendo no es el colapso del Eje de la Resistencia, sino su momento de rendir cuentas. Sí, la devastación material en Gaza ha afectado gravemente a Hamás como fuerza militar organizada; Hezbolá se ve limitada

por el colapso interno del Líbano y por una lógica de guerra fría regional que impone restricciones y por los duros golpes que sufrió en la guerra; Siria está enredada en su propia reconfiguración posguerra; e Irán, aunque retóricamente desafiante, actúa con creciente cautela, consciente de sus vulnerabilidades geopolíticas y de los disturbios internos.

Pero seamos claros: el Eje de la Resistencia nunca fue una estructura de mando única y cohesionada, sino una constelación táctica y flexible de fuerzas que compartían el antagonismo hacia la hegemonía estadounidense-israelí. Su eficacia siempre ha sido desigual. Lo que ha cambiado es el terreno en sí. Si bien Israel puede presumir de éxitos, estos, al igual que en el caso de Siria, no son fruto de su propio esfuerzo, sino que se basan en una constelación de factores y convergencias, entre ellos la persistencia de Idlib, Turquía y el apoyo de otros actores regionales e internacionales. Esta narrativa del éxito israelí debe cuestionarse en estos términos; es, como mínimo, exagerada.

Además, el hecho de que Israel no haya logrado la victoria total en Gaza, a pesar de su abrumadora fuerza, no es una muestra de la cohesión del Eje, sino de los límites del colonialismo de asentamientos. Si hay algún logro en este momento, es la exposición del techo estratégico del sionismo. Israel ha demostrado que puede destruir, pero no gobernar. Puede desplazar, pero no eliminar. Puede bombardear, pero no resolver. En ese fracaso se encuentra un nuevo horizonte para la lucha, no centrado únicamente en la coordinación regional, sino en formas de confrontación dispersas, descentralizadas y transnacionales. El futuro puede pertenecer menos a los actores estatales y más a las insurgencias multipolares, impulsadas por nuevas solidaridades desde abajo.

PL: El llamado «plan para Gaza» de [Donald] Trump, aunque pueda parecer absurdo, conlleva un peligro virulento: pretende normalizar la idea de una sociedad étnicamente «pura», en la que los grupos no conformes son sistemáticamente excluidos. Esta visión revive las políticas racistas y propone un proyecto autoritario arraigado en ideologías fascistas y la supremacía blanca. ¿Qué opinas al respecto?

AO: El llamado «plan para Gaza» de Trump no es una desviación, sino la extensión lógica de un impulso autoritario global que fusiona la pureza racial con la dominación territorial. Su absurdo no debe distraernos de su violencia. Lo que prevé no es la paz, sino la limpieza: la transformación definitiva de Gaza en una zona vacía de densidad política, memoria o personas. No se trata solo del sionismo desenmascarado, sino de la supremacía blanca globalizada. Lo que propone Trump es una fantasía fascista de purificación espacial: una Gaza sin gazatíes, una Palestina sin palestinos. Resucita los mitos coloniales más antiguos —terra nullius, elevación civilizatoria, el otro bárbaro— y los viste con el discurso de seguridad posterior al 11 de septiembre.

Lo que es más peligroso, es una invitación al mundo: normalizar la limpieza étnica como política, legitimar el pensamiento genocida como planificación del desarrollo. En esto, Trump no está solo. Simplemente es más ruidoso. Los tecnócratas silenciosos que hablan de «reasantamiento», «zonas de amortiguación» y «estabilización posconflicto» participan en el mismo proyecto ideológico. Lo que estamos presenciando no es la excepción, es el núcleo fascista del presente global.

PL: ¿Cómo interpreta la respuesta del mundo árabe a la catástrofe humanitaria en Palestina? ¿Está surgiendo un nuevo panarabismo popular o siguen predominando la lógica estatal y los intereses nacionales?

AO: La respuesta oficial árabe a la catástrofe en Gaza se ha caracterizado, como era de esperar, por la cobardía, la complicidad y el frío cálculo. Los Estados siguen estando limitados por los intereses nacionales, la seguridad del

régimen y el miedo a las revueltas populares. Manifiestan su preocupación mientras mantienen la normalización; envían ayuda mientras controlan el discurso.

Pero bajo este estancamiento, algo más se mueve. En todo el mundo árabe, desde Amán hasta Rabat, desde El Cairo hasta Túnez, estamos presenciando los primeros indicios de un nuevo panarabismo popular: no el antiguo proyecto nasserista de unidad interestatal, sino una reconstitución afectiva y popular de la identidad árabe forjada a través de la indignación compartida, el duelo compartido y el rechazo compartido.

Esto aún no es un programa. No está organizado. Pero se siente. Se expresa en los cánticos de los manifestantes, en las solidaridades subversivas en línea y en los gestos íntimos de la gente común que se niega al silencio de sus gobernantes. Este nuevo arabismo tiene menos que ver con las banderas y más con la afiliación: una identificación con Palestina como una herida que no puede nacionalizarse, como un espejo de su propia opresión, como un símbolo de lo que aún debe superarse en sus propios Estados.

Si este afecto se consolida en una organización, si se niega a disiparse una vez que terminen los bombardeos, puede convertirse en el legado más potente de este momento: un despertar de la conciencia política árabe no desde arriba, sino desde abajo. Pero hay muchos «si» aquí, y eso confunde el poder de la desidentificación y las reidentificaciones que también son una fuerza en el mundo árabe: formas más estrechas de identidad, menos revolucionarias y ligadas a la vida cotidiana sin futuro. Por ahora, este afecto se siente, pero no se muestra realmente.

Vínculos relacionados:

- La Alianza Global Jus Semper
- Monthly Review
- Los Editores de Monthly Review: [Colonialismo de Colonos en Palestina](#)
- Paul Buhle: [¡Palestina, ah, Palestina!](#)
- Los Editores de Monthly Review: [Exterminismo en Palestina](#)
- Los Editores de Monthly Review: [Las Naciones Unidas Sobre Palestina](#)
- Ariel Feldman: [Gaza: Sobre sionismo, judaísmo, racismo y barbarie](#)
- Laurence H. Shoup: [El Consejo de Relaciones Exteriores, el Cabildo Israelí y la Guerra contra Gaza](#)

- ❖ **Acerca de Jus Semper:** La Alianza Global Jus Semper aspira a contribuir a alcanzar un etos sostenible de justicia social en el mundo, donde todas las comunidades vivan en ámbitos verdaderamente democráticos que brinden el pleno disfrute de los derechos humanos y de normas de vida sostenibles conforme a la dignidad humana. Para ello, coadyuva a la liberalización de las instituciones democráticas de la sociedad que han sido secuestradas por los dueños del mercado. Con ese propósito, se dedica a la investigación y análisis para provocar la toma de conciencia y el pensamiento crítico que generen las ideas para la visión transformadora que dé forma al paradigma verdaderamente democrático y sostenible de la Gente y el Planeta y NO del mercado.
- ❖ **Acerca de los autores: Abdaljawad Omar,** también conocido por el seudónimo Abboud Hamayel, es un intelectual, profesor y analista político palestino. Actualmente es profesor adjunto en el Departamento de Filosofía y Estudios Culturales de la Universidad Birzeit, cerca de Ramala. Ha dedicado su investigación a las formas de resistencia palestina, con especial atención al periodo comprendido entre la Primera Intifada y 2015. Escribe regularmente en árabe y en inglés, y sus contribuciones se publican en revistas académicas y plataformas internacionales. Es una voz activa en los debates internacionales y participa en conferencias, seminarios y podcasts que exploran las conexiones entre la teoría crítica y la praxis descolonial. **Pasquale Liguori** es farmacólogo y trabaja en el sector sanitario. Escritor independiente y fotógrafo urbano, participa en actividades descoloniales y en la lucha contra la opresión social.
- ❖ **Acerca de este trabajo:** Esta entrevista se publicó originalmente con el título «Grammatica della resistenza: ripensare la Palestina oltre la pietà e la paura», en l'Antidiplomatico, el 16 de junio de 2025, lantediplomatico.it. Se ha editado ligeramente para adaptarla al estilo de Monthly Review. Este trabajo fue publicado originalmente en inglés por Monthly Review en septiembre de 2025.
- ❖ **Cite este trabajo como:** Abdaljawad Omar y Pasquale Liguori – La Gramática de la Resistencia: Repensar Palestina Más allá de la Compasión y el Miedo — La Alianza Global Jus Semper, marzo de 2026. Este artículo ha sido publicado bajo Creative Commons, CC-BY-NC-ND 4.0. Se puede reproducir el material para uso no comercial, acreditando al autor y proporcionando un enlace al editor original.
- ❖ **Etiquetas:** Capitalismo, Democracia, Imperialismo, Guerra, Medios de comunicación, Movimientos, América, Estados Unidos, Europa, Israel, Oriente Medio, Palestina,
- ❖ La responsabilidad por las opiniones expresadas en los trabajos firmados descansa exclusivamente en su(s) autor(es), y su publicación no representa un respaldo por parte de La Alianza Global Jus Semper a dichas opiniones.



Bajo licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

© 2026. La Alianza Global Jus Semper
Portal en red: https://www.jussemper.org/Inicio/Index_castellano.html